

Medio: **El Mercurio**

Fecha de publicación: **Enero 31 de 2005**

Por Javier Couso

El primer paso es poner en evidencia a quienes representan los intereses creados más insidiosos.

Uno de los conceptos más resbalosos de las ciencias sociales es el del poder, cuyos contornos siguen siendo difíciles de precisar, aun en esta era supuestamente post-ideológica. Y, sin embargo, es algo que reconocemos nitidamente al experimentarlo en carne propia, sea que se nos imponga el poder de otra persona o institución, o cuando somos nosotros los que lo ejercemos.

En un estudio presentado hace unos días, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) -que durante la última década ha venido elaborando una serie de análisis empíricos sobre las características, condicionantes y posibilidades del desarrollo humano- nos invita a reflexionar sobre esta atávica institución humana, el poder.

El momento escogido para este ejercicio no puede ser más oportuno, ya que ocurre justo cuando nos aprontamos a iniciar el proceso en que se escogerá a la persona más poderosa del país, el Presidente de la República, esa suerte de monarca republicano que en Chile maneja no sólo el Poder Ejecutivo, sino que también buena parte del Legislativo, gracias a su control de la agenda del Congreso Nacional y su iniciativa exclusiva de ley en materias cruciales.

Como lo dice el informe del PNUD, el poder tiene múltiples facetas, desde el que experimenta un individuo anónimo que desarrolla su propio plan de vida gracias a las capacidades con que se encuentra dotado, hasta el más estructurado poder de las instituciones políticas, sociales o económicas, que blanden Estados, partidos políticos, conglomerados económicos y las élites que manejan los discursos expertos -y que en virtud de ello toman decisiones a nombre de millones de personas-.

Aunque a ratos exhibe una concepción demasiado benigna acerca de las posibilidades de la sociedad civil para "empoderar" a quienes carecen de suficiente poder político o económico (apuesta arriesgada en una región en que históricamente la sociedad civil ha sido más una expresión de intereses corporativos que una instancia articuladora de discursos universalistas), el estudio reconoce que no hay que hacerse ilusiones acerca de la reacción de quienes hoy gozan de cuotas desproporcionadas de poder ante la posibilidad de perder dicha posición de privilegio, alertando contra "los intereses creados que se oponen a cambios que puedan atentar contra la pérdida de su poder social... y que en defensa de esos intereses esgrimen desde el poder corruptor del dinero hasta el uso de la violencia, pasando por la manipulación del conocimiento disfrazado de opinión experta". En este sentido, uno echa de menos una descripción más precisa de quiénes, exactamente, representan en nuestro país los intereses creados más insidiosos, ya que ponerlos en evidencia parece ser el primer e inevitable paso para empezar el difícil camino hacia distribuciones menos asimétricas del poder.